



LA PRADERA.

ESTUDIOS LITERARIOS.

TEATRO ANTIGUO.

ARTICULO SESTO.

En el segundo artículo, al ocuparnos de la descripción del teatro ateniense como edificio, adelantamos algunas palabras de un modo indirecto, incidental, y á manera de brevísimo episodio, sobre la triple al par que importante significación, política y moral, ó mejor dicho religiosa y artística, del coro antiguo. Esta significación, que con nosotros le otorgan cuantos de él con detenido estudio se han ocupado, nos mueve á aventurar algunas reflexiones que den mayor realce á su triple carácter, deshaciendo al propio tiempo, y hasta donde nuestras escasas fuerzas nos lo permitan, algunas apreciaciones, para nosotros infundadas, que se han hecho sobre la materia.

En este concepto, se adivina al pronto que necesitamos de un artículo especial.

No quisiéramos engañarnos; pero los que se han ocupado del coro antiguo, lo han hecho, á nuestro peculiar modo de ver, de una manera incompleta, imperfecta, y un tanto superficial. Esto es, y dando á nuestro pensamiento la forma del dilema, ó no han abarcado el conjunto, el total del tema cuyo desenvolvimiento se habían propuesto, analizando la suma y los detalles con seguro y penetrante golpe de vista; ó si lo han hecho cual lo decimos; si dominando la cuestión desde la altura en que como el águila debe colocarse todo escritor, para medir con su ojo de fuego la extensión del orbe, han calculado las consecuencias legítimas que de ella podrían dimanarse; si tal han hecho, han preferido darles un giro torcido, forzoso, sobremanera violento, hasta traerlas á un terreno que no es el suyo, y ponerlas en disforme consonancia con las que á ellos, y por particulares motivos, les ha convenido sacar.

No nos parece oportuno llevar las cuestiones, siquiera sean literarias, esto es, mas tranquilas y apagadas, á un terreno tan vidrioso y resbaladizo.

Esta imperfección en el modo de considerar el coro antiguo que algunos hombres malignos, que para todo los hay, han atribuido á un silencio calculado y sistemático, ó quizás también esta apreciación

torcida y poco digna, se refiere á su origen y á su significación en el campo de la política.

Y lo que decimos no es cosa de ayer. No estralimitaremos mucho nuestros cálculos diciendo que al través de la edad media y moderna viene esta cuestión mista debatiéndose en todas las páginas de la crítica literaria.

Antes de tomar cartas en el asunto, bosquejaremos, porque las cosas así lo reclaman, los dos partidos, que en el florido, ameno y siempre fecundo campo de las letras, como en el encendido y sangriento, y constantemente estéril de la política, se han disputado la preeminencia de opiniones.

En la edad media, como el piloto carecía de brújula que sirviéndole de seguro norte le indicase su derrotero, limitaba la extensión de sus viajes y se contraía prudente á costear los países conocidos. Ya que cual este, nos hallamos privados de tan útil medio de encaminar nuestras averiguaciones, no nos lanzamos temerarios á un mar desconocido, plagado de escollos, y en donde daríamos al través con la nave. Considerando pues la edad media como un paréntesis, aunque brillante, en la historia de la humanidad, sentemos desde luego nuestra planta en la edad moderna.

Natural era que la cadena del progreso que la humanidad elabora en medio del dolor y de las lágrimas, como dice tan poéticamente nuestro distinguido amigo D. Emilio Castelar, interrumpida, suspendida, á la llegada de los pueblos invasores, continuase su natural camino al través del tiempo y del espacio, asentados ya sobre sus anchas bases, los que la habían detenido un momento, quizás para imprimirle empuje mas brioso.

De esta marcha lógica, consecuente, de las cosas humanas, hacíase necesario, inminente, fatal, que se reanudase la cadena que ya hemos dicho interrumpida. La edad media debía unirse á la antigua, como la moderna se ha unido á ambas. Esta idea de continuidad, de enlace, de ajuste, por decirlo así, fué el constante y fecundo objeto de los hombres de la primera edad. Acendian ufanos, presurosos, llevados de loable entusiasmo, de santo afán, á los conventos, á los monasterios y abadías, á las antiguas y raras bibliotecas que habían podido mantenerse sobre las olas, en aquel inmenso naufragio de la civilización romana, restos preciosos debidos al piadoso celo y sabia ilustración del clero y de las órdenes monásticas, y apoderándose de los libros de la antigüedad, estudiábanlos con incansable asiduidad, pene-

17 DE DICIEMBRE DE 1854.

trábanse día y noche de sus doctrinas, y las esparcían y derramaban por todas partes. Casiodoro, Beda, San Isidoro, Martín Bracaraense, San Eulogio, Alvaro de Córdoba, San Martín de Tours, Fredegario, Eginardo, Luitprando, Pedro de Pisa, Alcuino, Gerberto, Lanfranco, San Anselmo, el obispo Gualtero, Bilgardo el gramático, y mil otros que pudiéramos citar, tienen por especial objeto de sus elucubraciones científicas la investigación y ordenación de los libros de la antigüedad. Lo mismo acontece por singular y favorable coincidencia en el caduco imperio de Oriente, que minado, carcomido ya en sus cimientos, iba poco á poco desmoronándose bajo los golpes del martillo destructor de los sucesores de Mahoma: y los ilustres nombres de los obispos Heliodoro y Suidas, del patriarca Focio, de Simon Metafrasto, de Moisés Barcetaz, de Eustrarco, Eustarco y de los emperadores Alejo Comnena y Constantino VIII, se unen en la república de las letras á los no menos ilustres de Occidente. Este afán de enlazar, de empalmar lo presente con lo pasado salvando el abismo abierto por necesarios sacudimientos sociales, este deseo de continuidad, racional, filosófica, civilizadora, este saludable intento de hacer pasar como por un supremo esfuerzo el mundo científico antiguo al moderno, para caminar juntos, ayudados, y nótese bien esto, con sus mútuas fuerzas, por el camino del porvenir, del progreso de la humanidad, recibe del tiempo mismo su fuerte impulso.

Y al eco de estos augustos nombres que resuena sonoro, imponente, fecundo, por toda Europa, en la edad media, álzase cual evocadas sombras por mágico poder, varones tan preclaros en el terreno de las letras, como Erasmo, Luis Vives, Sancho de las Brozas, Antonio Nebrija, Juan Luis de la Cerda, el P. Simon Abril, Juan Gerardo Vossio, Montaigne, Amyot, los Escaligeros, Bude, Belarmino, Vida, y otros de no menos digna mención.

Estos hombres que hacen destacar sus bellas figuras en medio de tantas y tan bellas como ofrece á la consideración del filósofo, del literato y del artista el siglo XVI, ese hermoso siglo del renacimiento, llamado y con razón la primavera de la edad moderna, se esfuerzan por continuar la obra empezada en Occidente, interrumpida, ó diremos mejor, *para siempre* terminada en Oriente, al estender sus fúnebres y sangrientos pliegues el estandarte del Profeta para cubrir de luto eterno á la ciudad de Constantino.

Al hablar de este siglo, dejemos consignado un hecho de suma importancia, originado por un monje rebelde, turbulento, discolo, calavera como un verdadero escolar, y á quien nosotros, puestos en el pellejo de Leon X, hubiésemos hecho callar con unos cuantos palmetazos y alguna que otra docena de azotes; este hecho es la reforma de Martín Lutero.

Como todo se enlaza y eslabona en este mundo, el hecho de la libertad, absoluta, destemplada, anárquica y subversiva, del pensamiento religioso, se reprodujo, ó mejor dicho, se continuó en el pensamiento literario y filosófico.

Y las ideas proclamadas en Alemania, como consecuencia inmediata, forzosa, de la doctrina literaria, por el cura Tomás Munzer, el ropero Nicolás Storek, Juan Bockold, sastre de Leida, profeta y rey de Sion, y sostenidas á mano armada por los aldeanos de la Suabia, la Turingia, la Franconia, la Alsacia y otras provincias alemanas, tuvieron en España su personificación, aunque mucho mas digna, en Juan de Padilla y María Pacheco, la Lucrecia, la Virginia, la Juana de Arco, la Carlota Corday, española, en Pedro Giron, en Juan Bravo, en Francisco Maldonado, y su eficaz, su heroico, su sublime apoyo en Toledo, Segovia, Tordesillas, Burgos, Zamora, Valladolid, Medina del Campo y otras bizarras ciudades castellanas. Causa digna por cierto de mejor suerte, y un tanto eclipsada por las manchas de sangre que sobre su claro resplandor arroja la *Germanada* de Valencia, toda vez que no es inexacto lo que sobre el particular mencionan Argensola y Zayas en sus *Anales de Aragón*.

Que el sacudimiento social que se verificó en este siglo en Alemania, y en el sentido político de que ahora hablamos, y que tuvo tan profundo y mejor dirigido eco en nuestra España, se manifestó bajo una faz menos lisonjera en Francia, Inglaterra, Suiza, y aun en Italia, es cosa demasiado sabida y ajena por lo demás de nuestro propósito.

Es lo cierto que al lado de los hombres ya citados que se ocuparon en su mayor parte, y con especialidad, de lo que ahora llamamos literatura, bellas letras ó letras humanas, surgieron otros, que siguiendo un rumbo no igual, sino paralelo, llegaron en política á idéntico término, la proclamación del libre pensamiento. Asíciáanse pues colocados en línea paralela á los anteriores los nombres de la Boétie, Charron, Bodin, Tomás Morus, Tomás Campanella, Pasquier, Maquiavelo, Guichardini, Richer, la Ramée, Babelais, Mariana, Copérnico y otros muchos.

Ahora bien: no olvidemos que nos hallamos en pleno siglo XVI, en el brillante siglo de los Médicis, cuando todo lo antiguo está de rigurosa moda, cuando el bello ideal de los filósofos, de los políticos, de los literatos y artistas, se cifra en amoldar lo presente á lo pasado, en

resucitar, mejor diremos, en *galvanizar* la civilización greco-romana, ingertándola, enclavándola en el elemento cristiano; cuando los políticos mecen sus sueños dorados en las vaporosas é ideales teorías de las repúblicas de Platon y Aristóteles, ó en el gobierno aristo-democrático ó *constitucional* de Ciceron y Plutarco, y tal vez echan de menos los democráticos ensayos hechos años antes en Roma por los ilustres demócratas Crescencio y Arnaldo de Brescia, cuando el papa Leon X y los cardenales llaman Júpiter á Jesucristo y dan festines á lo Lúculo, á lo Crespo y á lo Salustio, en que de todo hay menos la *salsa negra* de los lacedemonios, y en los cuales aquellos cultos personajes habían á lo Ciceron y á lo Livio, con damas tan buenas latinas como Constancia de Avalos, Tulia de Aragón, Victoria Colona, Verónica Gámbara, Gaspara Stampa, Laura Novia y otras: cuando este mismo papa paga 22,000 reales por cinco libros de Tácito, encontrados en una arruinada abadía de Prusia, y *trova* la lengua latina á estilo de Barbaroja, en bonitas décimas latinas á una bella estatua de Cleopatra, acabada de desenterrar; cuando nuestro español Mendoza pide por único favor al Sultan de Constantinopla le mande algunos manuscritos griegos; y cuando los pintores italianos se afanan por reproducir en sus lienzos la Juno y la Venus de Zenxis, el sacrificio de Ifigenia de Timanto, la Diana y la Campaspa desnuda de Apelles y el Sátiro enamorado de Protógenes, y van como Rafael á las Termas de Tito á estudiar las pinturas al fresco de los romanos.

Este es el siglo XVI, paciente imitador de lo antiguo como los que le preceden. Pero aquí se ofrece una observación. Antes que el rebelde monje *agustino* hubiese proclamado con eco tan funesto la anárquica libertad del pensamiento, acontecía que se reconocía un principio de autoridad, en el triple terreno de la religión, de la filosofía y de la literatura. En este último terreno, lo antiguo greco-romano era el principio de autoridad proclamado. Y al resonar por toda Europa desde el fondo de la Alemania y desde lo alto del sombrío castillo de Wartbourg los fúnebres ecos de la voz de Lutero, este principio recibe tales y tan repetidos sacudimientos, que arancándole de su base, y poniéndole, por decirlo así, en hilo, en el aire, le dejan solo, aislado, espuesto á los vientos contrarios que pasiones enemigas contra él, fuertes y tenaces, desencadenaban. Y sigue de este modo en perpetuo vaiven, como frágil nido de alción que arrastran las olas del mar y mecen sobre sus cumbreros, hasta que cediendo al empuje de los vigorosos brazos de Bacon y de Descartes, se retira á habitar tranquilamente entre los profesores de las universidades, los discípulos de Loyola, los monjes benedictinos, los padres del Oratorio y de la Sorbona y los solitarios de Port-Royal.

No diremos nosotros, que todos estos señores, y en particular los últimos, le recibiesen con respetuosa cortesía.

Eran pues dos los principios que, puestos ya en lucha, aspiraban á asentar sus reales en el campo de la ciencia: el antiguo, el de la autoridad y tradición, y el nuevo, el del libre albedrío, el de la razón pura. Dos también debieron ser las escuelas que de estos surgieran: la filosófico-religiosa, y la filosófico-racionalista. Hoy diríamos la de Manuel Kant y la de Javier de Maistre. O lo que es lo mismo, en la crítica literaria, la clásica y la romántica.

Nosotros, si atrevidos fuésemos en nuestras habituales concepciones, nos hubiésemos desde luego colocado, y dando una especie de *salto mortal* al través del tiempo y del espacio, en pleno siglo XVI, punto de origen de la idea que estableciendo un cisma, una división en la primera, ocasiona y motiva la creación de la segunda escuela literaria: haciendo tal, hubiésemos desde luego pronunciado las palabras de arte y escuela clásica ó moderada, y arte y escuela romántica ó progresista, y hoy día *democrática*. Pero nosotros que no tenemos la talla de los dioses de Homero ni del coloso de Rodas, ni caminamos como el *Petit Poucet* de los cuentos de Perrault, seguimos la anchura, la vía trillada, y procuramos arribar al puerto, sin salvar distancias, sin transiciones bruceas, sin omisiones ni reticencias que perjudiquen á la natural claridad de las ideas.

Que estas dos escuelas, la clásica ó antigua y tradicional y la romántica ó moderna y libre, en sus mútuas relaciones, ora amistosas, ora enemigas, han dividido el campo de la literatura, y originado en el arte una revolución, que al fin y al cabo ha redundado en beneficio suyo, es un hecho manifiesto, evidente, incontestable, y que á nosotros solo toca consignar. Lo que debemos decir es, que roto en la escuela romántica el principio de autoridad, no ya en la literatura, sino también en las relaciones que esta, y por desgracia, suele tener con la política, los partidarios de la primera escuela han tomado el estribillo de ver al través del odioso prisma de la política, cosa en que como en todo lo inhumano sobresalió la escuela volterriana, cuantas cuestiones, ya puramente literarias, ya filosófico-literarias ó estéticas, vienen debatiéndose por los hombres competentes desde su aparición hasta la hora presente.

De aquí, y entramos de lleno en materia, el cuidadoso afán de los libres pensadores literarios de no ver en el coro antiguo, en el motivo de su creación, en sus tendencias y fin, otra cosa que el constante

perpétuo, uniforme y pesado desarrollo de una idea política, relacionada con el pueblo, y por lo tanto en extremo democrática: así que, cuando por dar mas variedad á su tema literario han abordado directa ó indirectamente cuestiones de este género, han dejado cándidamente entrever que para ellos el prototipo y supremo ideal del gobierno á quien cuadra el epíteto anterior, si gobierno puede por antonomasia llamarse á lo que la historia nos dice fué siempre desgobernó, son: las repúblicas de Esparta, de Atenas ó de Roma; y llevados de la poderosa influencia que sobre cabezas débiles ejercen siempre los espíritus soñadores, fantásticos, ó traviesos y malos, han soñado ellos tambien, y téngase muy en cuenta que siempre han hecho lucrosa especulación de su sueño, con Platon, Aristóteles, Morus, Campanella, Volney, Saint-Simon, Fourier, Cabet, Louis Blanc, Proudhon y comparsa democrática: y mirado todo lo terrestre al través de este prisma falaz, solo han visto en estas ciudades, en los diversos elementos de su existencia política, la realizacion y logro de su idea favorita, esto es, el pueblo, su gobierno y mando, la democracia. Cosa, que no gobierno, que nosotros nos atreveríamos á definir, en moderno estilo, *nueva sociedad industrial y mercantil para la explotación de la ignorancia y ambición humanas*.

Sin negar nosotros ese tan decantado espíritu democrático, en cuanto al origen y significacion del coro antiguo, en la tan decantada democracia de Atenas, diremos á los que de demócratas literarios se preciaren y de democracia literaria blasonaren, aquel axioma matemático que aprendimos en las aulas y con el cual estarán contestes á fuer de hombres entendidos en eso de *ajustar cuentas* á los poderes, sean cuales fueren: «que la parte no es el todo,» y que siendo esto cierto, se deducirá, y con razon, que ambas escuelas de crítica literaria han pecado al emitir sus opuestas opiniones sobre el coro antiguo. Y consiste esta equivocacion en verificarse lo de aquel antiguo adagio español:

El santero y la santera
Se fueron á los infiernos,
Uno por carta de mas
Y otro por carta de menos.

Nosotros, sin ladearnos á una ú otra parte, y procurando no incurrir en aquello de Baileau en su Poética:

Pour éviter un mal je tombe dans un pire,

tendremos nuestro *franco hablar*, y diremos lo que creamos justo sobre lo que forma el tema del presente artículo.

Segun hemos podido coleccionar de nuestras raras y siempre laconismas lecturas, en el origen ó motivo de aparicion del coro antiguo, en su desarrollo y causas de este, en sus tendencias, fin, y ultteriores resultados, se descubre al primer golpe de vista una triple idea; la idea artística, musical, eufónica, de buen gusto literario, de rectos principios de estética; la idea aristocrática que se encierra en hechos elevados, espuestos á la imitacion del vulgo, dotados de condiciones propias á excitar en él sorpresa, admiracion, entusiasmo, grandeza de ánimo, compasion, terror y otros afectos que agitan el corazon y la mente humana, elevándolos, arrastrándolos en los arbores del fuego abrasador de las grandes pasiones, á la esfera de lo noble y digno, de lo generoso, magnánimo y sublime; y la idea democrática, la que ha establecido su ancha y vasta morada en el pueblo, en esa gran masa de individuos que se estienden á lo largo de las inmensas faldas de la montaña social, en que solo gravitan ciertos necesarios planetas que reciben de él su luz para reflejarla luego mas pura, mas bella y eficaz; de ese pueblo de donde todo nace y adonde todo refluje, y de quien sin sacrilegio puede decirse lo que dice Lamartine del Ser Supremo:

*Tout l'univers subsiste à l'ombre de sa main:
L'être à flots éternels décollant de son sein,
Comme un fleuve nourri par une source immense
S'en échappe et revient finir, où tout comence.*

de ese pueblo en fin, elemento necesario de toda idea social, sin el cual nada es la idea aristocrática, la idea de belleza artística, científica, moral, religiosa, política, y del cual recibe fuerza de expresión y colorido de la vitalidad; pueblo que reviste todo lo que toca de grandes y majestuosas formas, despojándole de todo lo pequeño y mezquino de una individualidad pobre y aislada, y lo limpia, purifica y embellece, pasándolo al crisol de su sano juicio, de su recto sentido y severo raciocinio, é imprimiéndole todo el lleno de su robusta y siempre activa autoridad.

El primer elemento pues, y procurando penetrar con certero é incisivo golpe de vista en el fondo de esta importante cuestion literaria que se halla en el coro griego, es el elemento artístico ó estético; el

canto no aislado, individual, estéril, infecundo, sino general, uniforme, activo, eficaz; el canto ó la manifestacion de una idea nacional, simpática, afectuosa, vaciada en el seno del amor, del placer, de la alegría; el canto en comun, modulado en la natural expansion del sentimiento religioso, que lleva envuelta una serie de ideas en los ecos que se mecen vibrantes en los aires y se pierden sonoros en el espacio; el canto que es el principio de toda poesia, la idea dramática en gérmen, la expresion mas viva, mas animada y mas lata del arte de un pueblo. Este canto ó eufonia musical, que siendo aislado toma un carácter particular, individual, de limitada esfera, trueca este carácter en su opuesto general, al verificarse en comun, en reunion de muchos individuos, en un hecho de nacionalidad. Razon mas que se nos presenta ahora en apoyo de lo que dijimos en el artículo anterior sobre que el teatro, como un hecho de nacionalidad, como expresion natural, espontánea, necesaria, de las ideas y pasiones de un pueblo, no se cede, ni traspasa, ni enajena, bajo la garantia de la ley, ni se imita como el modo de vestir ó de andar, ni se copia como un dibujo de Julien ó de Carrière, ni se calca como un mapa geográfico. De manera que el canto, con carácter sagrado, verificado por un pueblo reunido bajo la inspiracion religiosa, pero con sujecion al elemento eufónico, musical, artístico, que domina en el pueblo que canta, que en unos es brioso, guerrero, marcial, y en otros armonioso, sentimental, dulce, expansivo, pero canto que siempre tiende á ser una expresion poética de los sentimientos que afectan al cantor, este canto que en Atenas, en su primera época, en las fiestas de Baco, tenia por objeto manifestar las hazañas y preclaros hechos de un personaje místico, sus beneficios á la humanidad bajo el triple concepto de conquistador ó guerrero, sacerdote y legislador, es el primer elemento de toda poesia, y lleva consigo el elemento dramático. De aquí nuestra opinion de que el teatro, como el arte, es coetáneo á la existencia misma de un pueblo, y nace, crece, se desarrolla, vive y muere con él.

Veamos ahora cómo estos cantos dramáticos, ó sean recitados en forma de canto de una accion que interese y escite alegres ó graves emociones, pasan desde la plaza pública de Atenas, desde el Agora, al teatro, y forman el coro en tiempo de Esquilo.

Llamábanse *ditirambos*. Significa este singular vocablo doble nacimiento, sin duda porque reúne esta circunstancia el dios á quien se le consagran. Eran una especie de cortos poemas, himnos, odas, lo que nosotros llamaríamos anacreónticas y los franceses é italianos cantatas, á pesar de que tambien se hallan ditirambos en estas literaturas, compuesta de estancias desiguales, de infinita variedad de ritmos, cantados, bailados y tocados ó tañidos á un mismo tiempo; poemas que respiraban por todos los poros el entusiasmo poético mas subido de punto, entusiasmo que rayaba en el delirio y tiraba á reproducir el lírico desorden de una mente alegre: poemas en fin cuyo inimitable modelo nos ha dejado el gran poeta francés Delille en su ditirambo sobre la *inmortalidad del alma*.

Reconocen estos cantos, como toda clase de poesías, tres épocas; la infancia, la juventud y la virilidad: esto es, su origen y primeros pasos, su gradual desarrollo, y su perfeccion definitiva. Compuestos y cantados en un principio al son de instrumentos pastoriles, de zampoña, caramillo, citara, laud, flauta, tamboril etc., por poetas populares, juglares y trovadores de aquella época, no traspasaban sus humildes ecos el cercano horizonte de la aldea: su objeto, sus tendencias y fin, eran, como al pronto se deduce, los de divertir al pueblo, á la clase baja, contándole las hazañas del festivo dios ya citado, ó las de cualquier otro personaje ya real, ya ficticio. La primera época es pues eminentemente artística.

Los atenienses tenían tambien su *Carnaval*, tan bullicioso, festivo y descaradamente verde como el nuestro: verificábase este en las célebres fiestas de Baco, llamadas Dionisiacas, de Dioniso, primer nombre de este risueño dios. Estas, que en materias de públicos escándalos corrian parejas con las no menos célebres de la Gran Madre ó Ceres, eran las principales y mas importantes de aquel pueblo. El opaco sol de enero, febrero y marzo despedía sobre estas fiestas sus debilitados rayos. No se concibe un Carnaval compuesto exclusivamente de discípulos de Pitágoras ó de frailes de la Trapa, y si un Carnaval tan animado como el que nos ofrece ahora el palacio del Espíritu Santo. Pero lo mas esencial, al menos para nosotros, de estas fiestas, en número de tres y en los meses dichos, se verificaba en las últimas, las del mes de marzo, en las llamadas grandes Dionisiacas. Hablamos de los concursos literarios ó certámenes poéticos. Los poetas, tomando por tema obligado de sus fáciles improvisaciones al aventurero dios de la vida, como en los tiempos medios los Cardos del Norte tomaron á Odín, á la vez guerrero, legislador y sacerdote, los españoles al Cid y á Fernán González, los franceses á Carlo-Magno y sus doce Pares, los ingleses al rey Artús, el Pelayo de Inglaterra con los paladines de la Tabla ó Mesa Redonda, y los italianos al Orlando furioso, é inspirados por tan fecundos motivos, y conociendo de antemano el famoso dicho

de Rabelais: *in vino veritas*, componian multitud de pequeños y festivos poemas ó ditirambos, con objeto de ganar el premio ofrecido, y los hacian cantar, ó bien por el pueblo todo congregado para la fiesta y formando una misma ó igual voz, ó bien por el pueblo dividido en dos distintos bandos, que respondiéndose alternativamente en las estrofas y anti-estrofas, con ciertas inflexiones en el canto, formaban un coro á manera de los de nuestros modernos conventos de raias y monjas. Aquí tenemos ya, en la segunda época del arte lírico, que lo es igualmente del dramático, puesto que le hemos dado común y coetáneo origen, el coro, en germen, en embrión, de un modo indeterminado, con formas vagas y poco precisas, es cierto, pero que ya existe con elementos de desarrollo. Y el trovador de aquellos tiempos cuyos cantos obtenian mayor número de sufragios, recibia, y pásmense nuestros lectores, en lugar de la sencilla violeta de oro, un enorme macho cabrío. ¡Cómo los tiempos varían! Ahora es ocasión de esclamar con el orador romano, ¡ó témpora! ¡ó mores! Si en nuestros días fuese el digno galardón de los afanes literarios del poeta un animal, cuya moderna significacion simbólica tan poco nos agrada á nosotros hombres, ¿habría, y lo preguntamos de veras, quien quisiese ser poeta? Bien es verdad, y dicho sea esto de paso, que muchas de las composiciones de nuestros alumnos de las musas ni aun siquiera merecieran tal recompensa.

Este macho cabrío, cuyo horrisimo nombre nos duele tanto pronunciar, dado en merced á los vates de Baco, y llamado *tragos* en griego, dió su nombre, como el trono Américo Vespucio dió el suyo á la América, á la tragedia, de donde se llamó *Canto del macho cabrío*.

Procediendo en nuestros razonamientos á manera de los indios, diremos, que el que canta se fatiga, y el que se fatiga ha menester de descanso: consecuencia de esto es, que debió introducirse y se introdujo en efecto, en los intermedios del coro, para dar lugar á este descanso, un personaje que tomando por tema de su composicion á Baco y al alegre cortejo de Faunos, Silvanos, Sátiros y demas *calaverescos* personajes que le acompañaron en sus conquistas, expediciones, viajes y otros picarescos aventuras, recitaba pequeños poemas compuestos de intento *ad hoc*, por los poetas que cultivaban el ditirambo, y lo verificaban salpicándolo de *calembourgs*, de *qui pro quo*, de *quolibets*, de *rébus*, de *lazzi* y cosas análogas y en medio de gestos y ademanes mimico-grotescos, cosecha suya.

Como es natural destino de las humanas cosas caminar lenta pero seguramente á su perfeccion, sucedió que, andando el tiempo, se añadió un segundo personaje al primero, y este número plural ascendiendo en la escala de la numeracion se aumentó de tal modo, que ya el célebre poeta y actor Esquilo pudo formar una compañía de actores y construir un teatro. Esquilo fué pues el Lope de Rueda, el Molière y el Shakespeare de los griegos.

Principia pues la tragedia siendo un poema lírico, bajo una forma dramática.

Así por lo menos nos lo dan á conocer, entre otros, Virgilio, en sus *geórgicas*, y Horacio en su *Arte poética*; y el docto varón Ateneo, del siglo II de nuestra era, llamado con razon el Varón de los griegos, nos da sobre el particular formales detalles que nos es lícito poner en cuarentena.

(Continuará.)

ANTONIO DE AQUINO.

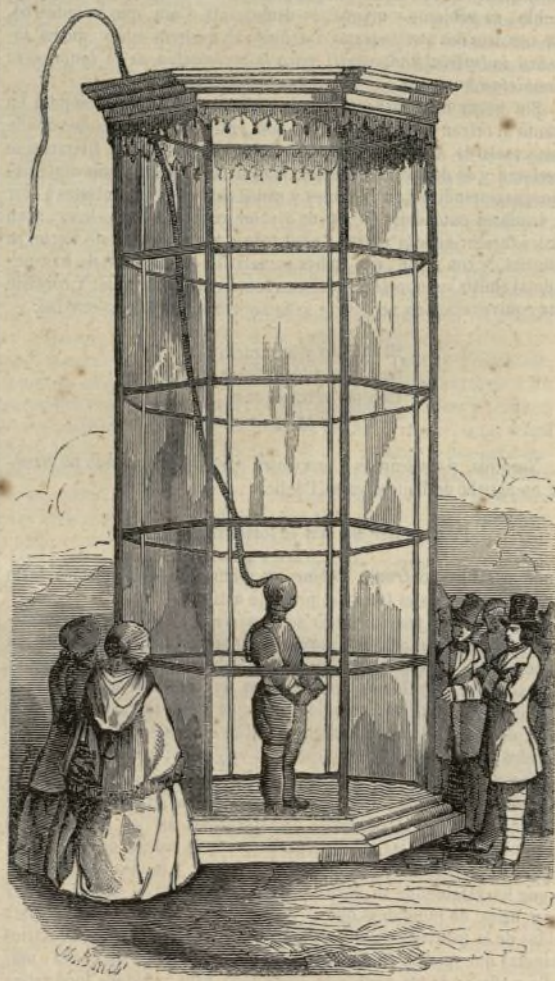
LA CISTERNA DE CRISTAL.

La cisterna de cristal, colocada á la derecha, en la entrada á la rotunda, debe ser visitada con interés. Se ha construido principalmente para manifestar un aparato de bucear, y una cisterna subácuea, aparatos inventados por Mr. St. Simon Sicard, de París, por medio de los cuales se puede mantener la respiracion y la combustion debajo del agua sin comunicacion alguna con el exterior.

El aparato de bucear ensayado en abril último con éxito satisfactorio en el Sena, con autorizacion del ministerio de Marina francés, bajo la vigilancia de Victor Grandehamp y á presencia de multitud de espectadores, consiste primeramente en un vestido y sombrero ordinario de buzo, pero hechos de las mayores dimensiones posibles atendida la corpulencia del buzo, de tal manera, que pueda contener la mayor cantidad posible de aire atmosférico, en el peto, sombrero, etc. Además, en este vestido lleva el buzo á la espalda una caja del tamaño de una mochila, en la que hay dos departamentos, lleno el uno de oxígeno puro, á la presion de seis atmósferas, y el otro conteniendo un compuesto químico que sirva para la absorcion del ácido carbónico espelido en el acto de la respiracion. El modo de operar es el siguiente:

El aire espelido pasa por medio de un tubo á este segundo departamento, en el que hay además del compuesto químico que hemos indicado, una multitud de telas metálicas destinadas á dividir el aire á fin de que haya mas mo/e en las de esta en contacto con las del

compuesto químico. El ácido carbónico se combina aquí con este compuesto, y el azoe, quedando libre, pasa por medio de un tubo á encontrar con una corriente de oxígeno puro que sale del otro departamento de la caja, y se mezclan en las mismas proporciones en que lo estan en el aire atmosférico. Este cambio y circulacion se sostiene interin haya oxígeno en el departamento y sustancia que absorba el ácido carbónico: estas provisiones se pueden aumentar aumentando el volúmen de la caja ó encerrando el oxígeno á mayor presion. Por medio de un mecanismo ingenioso, la cantidad de oxígeno que ha de salir se regula con la mayor exactitud. El buzo tiene á su disposicion la válvula de salida, interin su pequeño indicador, barómetro colocado en el sombrero, le indica y le sirve para regular la cantidad de oxígeno comunicado, y un pequeño silvato colocado cerca de su oído le avisa oportunamente por la cesacion de su sonido, si el oxígeno está ó no próximo á concluirse.



La linterna subácuea es un precioso apéndice de este aparato, como que por su medio puede el buzo, aun en las noches mas oscuras, distinguir los objetos que se hallen á su derredor, aun cuando no esten muy próximos. Esta linterna es una modificacion de la que produce hoy por medio de una corriente de oxígeno ó hidrógeno sobre cal, encerrada en otra linterna perfectamente cerrada á su vez: el oxígeno mezclado de antemano con el hidrógeno y contenidos los dos en una caja bien fuerte á la presion de seis atmósferas. Las disposiciones para la trasmision de los gases mezclados son análogas á los empleados en los microscopios iluminados por una corta influencia de oxígeno ó hidrógeno.

El aparato, que se enseña en el Royal Panóptico, ha sido construido por M. E. C. Hinke.

CARTAS DE GONGORA.

Señor Don Francisco del Corral.

Mi señor y mi amo: No tuve la estafeta precedente carta de v. m. ayer si una de 26 de abril que sin duda fue la que faltó de entonces,

de suerte que anda cojeando ya de un pie nuestra correspondencia y no la sufriré, porque no es de perdonar una letra cuando mas una carta por la merced que recibo en saber de la salud de v. m. que sea muy larga como deseo.

He sentido la muerte del buen doctor Pizaño por lo que tengo de leño poco menos que un púlpito y consuelame la sucesion que se espera por lo que tengo de Argote, pero poco menos que nuestro don Alonso de Godoy. Mucho holgaria que esos señores cabildo de canónigos acudiesen unánimes á provision tan acertada, que el Señor don Gonzalo de Cordoba, es sujeto tan de codicia que Toledo está deseando ocasion de llamarlo, como lo hé sabido de lo mas autorizado de esta Santa Iglesia. No sé si he avisado de la provision que se hizo de los cuatro consejeros de Estado, Marqués de Aitona, de Montes-Claros, D. Diego de Ibarra y duque de Monteleón: hanla sentido los que la competian.

La vigilia y honras se hicieron lunes día de la Cruz en la tarde, y martes por la mañana, solemnissimamente, á que asistieron los señores obispos D. Andres Pacheco, de Cuenca, D. Sancho de Avila de Sigüenza, D. Alonso Marqués de Segovia, D. Juan Gamarra de Avila, D. Diego Carrillo de Badañoz, D. Francisco de Mendoza de Pamplona, D. Antonio de Trejo de Cartagena, D. Enrique Pimentel de Valladolid, un fraile francisco de Chile, y don fray Juan Bravo de Ujento en el reino de Napoles, que trajo el de Osuna consigo. El señor arzobispo de Burgos presidió á su consejo real, y el señor Patriarca por escusar preferencias á los obispos asistió, al consejo de la inquisicion que estaba sin superior. Concurrieron diez y siete grandes: Villena, don Duarte, Sesa, Olivares, Mondejar, Condestable, Cea, Almirante, Medinaceli, Velada, Villahermosa, Monteleon, Pastrana, Veraguas, Aguilar, Señarando y Santa Cruz. Faltaron Benavente que por viejo y mayordomo mayor se fué á las Descalzas con su ama, y el del Infantado que por viejo tambien se estuvo en la tribuna con el infante Carlos, y el de Altamira que por medio espulso se estuvo en su casa. Háse dicho despues que el oficio de caballerizo mayor de la reina se da á su hijo el de Almansa, y aunque me lo ha asegurado el dicho marqués, no veo que haya jurado hasta ahora. El domingo pasado fué la entrada de S. M. lucidísima, aunque no muy numerosa de acompañamiento, porque afectaria la calidad y no el número. Llovió casi desde que salió S. M. de San Gerónimo hasta Santa María. Salí hermoso y galán aunque de... el rey: aclamábanlo la gente que bendecianlo todos con el mayor afecto y ternura que jamás se vió. La orden del acompañamiento fué esta. Trompetas y atabales y guardia española y tudésca, titulos y caballeros, cuatro ballesteros de maza, mayordomos, grandes, cuatro reyes de armas. El palio, que llevaba el regimiento con ropones de brocado aforrado de tela encarnada: S. M. en un caballo blanco mediano, y veinte pasos antes el duque del Infantado con esto que bien grande al hombre descubierto, aun que por el agua que hacia le mandó S. M. cubrir sin querer el buen viejo obedecerle en esto. Al estribo Flores de Avila (1) y algo atrás D. Juan Manrique... y D. Juan de Gaviria que son los que hasta ahora han jurado de los cuatro caballerizos: detras el señor D. Baltasar de Zuñiga, al lado de él el de Falces, que es capitán de Archeros, los del consejo de Estado, y últimamente la guardia borghoña de á caballo, lucida de armas blancas y plumas negras. El jueves precedente á este llegó intempestivo á Alcalá Filiberto por la posta, escribió desde allí pidiendo licencia; alteró la nueva, y otro día se hizo consejo de Estado, y á lo que dicen, se resolvió que S. M. volviese el sábado al Pardo donde habia estado el sobredicho... y allí esperase al primo y lo despachase, para lo cual fuesen dos del consejo y el Secretario Antonio de Aróstegui. Hizose así, y el Sabajano enfermó en Barajas donde está hoy visitado de D. Manuel Manrique de parte de S. M. Besaré la mano, segun dicen, fuera de Madrid y volverase luego en teniendo salud. Ayer se hizo merced al conde Santisteban de una encomienda de la orden de Santiago que tenia el duque de Vceña con indulto del usufruto de veinte años, de los cuales restan los doce que habia de esperar el Conde. Hoy han derribado la tribuna que tenia el duque de Lerma en la capilla de palacio: *casi va al mundo*. A gaceta se vá su paso á paso esta carta: quedese aqui. Yo estoy sin un maravedi, y trasquilado: dichoso el que, aunque no tenga dineros, tiene lana. Sirvase v. m. de hacer con nuestro amigo que me socorra, que perezco. Tenga esta por suya y dejese besar las manos. A mi señora Doña Inés etc., Madrid y mayo 11 de 1621 años.

D. LUIS DE GONGORA.

Al Licenciado Cristobal de Heredia (1).

No escribí á v. m. la estafeta pasada porque no tuve carta á que responder ni esta la han consentido escribir los Pinedas ó el Alamo,

(1) El marqués de Flores Dávila.

(1) Su administrador.

dele Dios á v. m. tan buena cosecha en ambos como yo deseo, que si fuesen tan agradecidos como yo, seguro estaba el ciento por uno. El señor Pedro Alonso de Baena primo de v. m. me hizo merced de escribirme, á quien responderé en esta besándole las manos por el poder que me envió para cobrar aquellos 500,000 maravedises que los gastos de Madrid no conocen rata por grande que sea. Yo no he tratado de la cobranza porque el señor patriarca, de aquí al domingo anda ocupado en la fiesta de San Isidro patron de esta villa, cuya canonizacion se está celebrando con mucha costa y poca sustancia ó lucimiento. Hablaréla á V. I. y veré lo que me responde. Vm. me trae arrastrado y de manera, que en cuanto por flaco no me despachaba en la carnicería: tomara ser buey de v. m. y no pupilo. Dios se lo perdone cuanto paso, y mas lo que sentí llegar á pedir 200 rs. á los dos hermanos Francisco y Juan de Arana, que aunque de su natural todos ellos son buenos cacareadores y malos ponedores de los huevos que les piden, esta vez me los negaron por no tratar con vm. Dios haga parte en la envidia que tienen de los prosperos sucesos y perdone el anima de Juan Pérez de Armijo que tanto padeció con el terno fraternal. Llegaron sus mercedes á este lugar, hicieronme merced de verme, servillos en paseallos y darles un estuche francés redondo y unas medias de seda parda para el señor Rodrigo de Arana; pediles que no debiera, contandoles los abogos en que v. m. meteria los doscientos reales y al punto no me vieron mas, y huyeron de mí como si yo labrara en las Pinedas ó en Fuenreal: dígalos vm. con todo eso que les beso las manos, y que sean bien llegados á su casa; y que aunque hicieron aquella retirada de mí, he comido despues acá; porque en virtud de Cristoval de Heredia no falta quien me fie el pan que como con un torrezno de Rute. Por vida de v. m. que se lo diga de esta manera á ambos y que lo dé á entender á todos. Mas dejando estas civilidades (1) que es vergüenza hablar en ellas.

El señor D. Juan de Godoy nieto de mi señora Doña Beatriz Solier me hizo merced anoche de verme: vuelve gallardo de Milan y tan buen caballero como escribi siempre. Holguéme de verlo: creo que en pasando estos regocijos de el Santo se partirá para Cordoba. Dícenme que allá se andan concertando fiestas de plaza para el parto de mi señora Doña Ana de Cárcamo de que yo me huelgo mucho. Vm. se sirva de darle al señor D. Luis de Góngora el enorabuena del preñado, que tenga tan buen alumbramiento y logro como yo deseo, besándole las manos mientras no lo hago por carta. Buen abril deben de haber tenido, pues se animan esos caballeros á festejar lo que es tanta razon: huelguense un verano que es vergüenza llorar siempre duelos en lugar de tanta nobleza. A mi señora Doña María nuestra madre beso las manos, á mi gente toda se las beso muchas veces, aunque sus mercedes se olvidan de mi santo. A Dios patron mio. Madrid y mayo... de 1620.

D. LUIS DE GONGORA.

Señor Don Francisco del Corral.

Muy buenos años me prometo con solo haberme levantado temprano á responder á las cartas de vm. deseando que se los de Dios tan felices y muchos como vm. merece en compañía de mi señora doña Inés y esos caballeros cuyas manos beso. La carta de vm. me entregó el Sr. Fr. Plácido (2) otro dia despues de partida la estafeta: yo no respondí á ella por ser dia primero de pascua tan ocupado en palacio que madrugamos para comer á las cuatro. La culpa tuvo una gran cerimonia que fué el recibimiento del *estoque y rosa* que S. S. envió al principe N. S. y á su madama (3) prolija frialdad y muy ponderada de los italianos. Yo me cansé harto, por que asistí al señor Patriarca, y de manera que no volví á casa para sustentar una pluma en la mano.

Vm. tiene buen amigo con Flores y merece muy bien el regalo que me está diciendo el señor Fray Plácido que le ha llegado ahora. Es camino ese de negociar; todo lo demás es gastar polvora mojada que ni aun respuesta vale. Ríose Flores conmigo antes de ayer de una queja que le dió por una carta suya el señor D. Antonio de Cordoba sobre el no haberle encomendado la diligencia de buscar caballeros de campo á S. M. ofreciéndole á Romerillo un caballo que tiene guardado para su señora: el buen marqués hizo donaire tanto del ofrecimiento como de la queja; yo no le perdoné todo el *et cum spiritu tuo* que merecia, por que me precio de buen monacillo de mis amigos. Pasado está todo esto de la caballeria, y no me pesa para que haya lugar de solicitar al almirante aunque S. E. supone poco: atengome á Flores de Avila. El de Palma tiene la llave del principe: nuestro Don Diego

(1) Mezquindades.

(2) D. Fr. Plácido Pacheco, monje benedictino, despues obispo de Cádiz en 1625 y de Placencia en 1632.

(3) Doña Isabel de Borbon hija de Enrique IV rey de Francia y de Maria de Medici, casada con el principe D. Felipe, despues rey IV de este nombre.

de Zuñiga Baides y conde de Castillo los bastones de mayordomos de la princesa. D. Martín de Córdoba ha estado á *porta inferi*; bien que le han valido las indulgencias de la cruzada; pues ha vuelto aunque atropellada la memoria, que este juicio cuando dispara es mola que se suelta, que el cogella ha de costar riendas y falsas riendas.

Muy sentido estoy del descuido que ha tenido nuestro amigo de mis alimentos y sobre todo del lugar que ha dado el señor Pedro Alonso su tío á que escriba lo que ayer lei tan contra ambos. Pésame de quejarme de cosas que entendí corrian conforme al asiento que se tomó con vm. acerca de los mil reales del mes. Libraronse los de octubre y quedaron para los de noviembre dos desquites de á seiscientos reales de los mil docientos que libré allá y habia recibido para vestirme este invierno aquí en Madrid: de estos me habian de remitir cuatrocientos reales que sobraban de aquellos cada mes: de estos dos remitieronse los de noviembre los de diciembre se han quedado con ser cuatrocientos y no mas, y en mes de pascuas, barajandome los con el accidente de la diligencia de Roma, que fué todo á instancia y solicitud del amigo, ofreciendome para ello lo que tengo guardado en una carta suya y agradecido en otras mias. Es justo que se considere que estos sucesos son como parentesis que no impiden la construccion, cuanto mas el sentido del periodo. Mis alimentos es justo que no padexcan ni hablen con ellos ningun fracaso ó novedad. Pensé que quien tan fervorosamente me animaba á la pretension no me dejara en las garras de buscar acá el dinero y solicitar allá el credito, hállame dado por fallido segun la relacion de Pedro Alonso de Baena con mis amigos acá en Madrid, que esto es lo que mas siento, y ayunando cuando todos regúeldan de shitos.

Señor mio Don Francisco vm. que tiene molino sabe que no come el molinero del ruido de la citola sino del trigo de la tolva. Meterme en la pretension de la Chantria para dejarme en las costas de la diligencia no es el mayor beneficio que esperaba, y sobre todo temo que arme la junta que no ha podido hacer Flores de Avila y D. Martín de Córdoba siendo ambos mayores amigos del señor Pedro Alonso que míos. Hacerme cargo que no he podido impetrar carta de Tomas de Angulo... siendo verdad que se la he pedido tres veces, una por villeta del de Siete Iglesias, y dos por mi persona, y me la ha negado todas, será lo que el se sabe. Culparme así mismo por no haber podido alcanzar facultad de coche que he pedido y se me ha negado por que está eso muy restringido de seis meses á esta parte y no quieren darla á clérigo ninguno que no sea beneficiado muy preeminente de iglesia catedral; habiendo yo replicado que es persona para quien yo la pido de 4,000 ducados de renta; esto me acumula nuestro Cristoval en nombre suyo y de su tío y quiere que los azotes que merezco por todas estas culpas se me den en la barriga: sea Dios loado por todo. Espero en su divina magestad que vendrá un día destes la gracia de Roma y sedeshogarán los ofrecimientos que tan consideradamente se hicieron y de que tan consideradamente se han arrepentido. Vm. lea para sí esto, que no quiero dar pesadumbre á nuestro amigo y mas en tiempo de su convalecencia. Yo estoy sin un cuarto, y sin autoridad, que es lo peor, para buscarlo: consuelome con que soy servidor de vm. que me basta y á Dios, mi señor, que me voy á la capilla que es tarde. Madrid y Enero primero de 1619.

D. LUIS DE GONGORA.

UN NIDO DE TORTOLAS.

HISTORIA DE UNOS AMORES.

(Conclusion.)

III.

El amor es un rocío que baja del cielo á nuestro corazón... cuando Dios quiere.

Arsene Houssaye.

¿No habeis visto muchas veces el cielo azul que en toda la estension que alcanzan vuestros ojos no se veia una nube?

¿No habeis paseado muchas veces por un jardin lleno de flores y de árboles, en medio de una calma tan completa que no se movia una hoja, que no se oia un murmullo?

¿No habeis visto el agua de los arroyos tan serena y pura que parecia mas que agua un espejo donde hasta los mas pequeños detalles se dibujaban?

¿No os habeis acostado á orillas del mar, sin que el mas pequeño pliegue rizara su líquida y movable superficie?

Pues bien: recordad ahora cuánto han durado esas señales de tranquilidad y de calma.

¿Qué cielo hay tan azul que sin saber por qué no venga á empañarle una nube?

El arroyo mas cristalino pierde su limpidez por lo mas mínimo: una paloma que venga á beber de sus aguas, enturbia con sus rojas patitas el agua trasparente; una rama seca turba su limpidez; una piedra que arrastra la corriente, levanta negras ondas de cieno.

El mar sereno y tranquilo se agita sin saber por qué, revuelve sus olas, y desarrolla á la vista tétricos colores, sombrías aguas.

Tal le pasa al alma.

Tranquila y sosegada, en medio de una felicidad que parece imperturbable, lo mas mínimo deshace su dicha, la causa mas pequeña produce un cambio completo en su modo de ser, en su modo de sentir, en su manera de querer.

Y no os estrañe al penetrar en el cuarto de Margarita hallar á esta sola, sin su compañero, bordando con afán para ganarse la vida, como hacia allá cuando la conocimos hace dos meses; no tiene otro recurso, y cose.

No os choque ver la aplicacion con que sus ojos y sus dedos estan fijos en el bordado; ya sus oídos no estan pendientes de la campanilla; no llamará nadie á su puerta; no espera á nadie: por consiguiente puede poner toda su atencion en lo que borda.

¿Pero y Luis? me preguntareis.

Luis! ya no viene á ver á Margarita: ¿no os lo figurais? Mirad un ramo seco encima de la mesa: ese os dice bien claramente que hace ya tiempo que no viene: si él siguiera viniendo, el jarrón de china que compró, estaria adornado: á Margarita le gustan tanto las flores...

Y además, ¿no veis encima de la mesa, colgando de la pared, un cuadrito vuelto del revés? Pues es aquel retrato al daguerreotipo que Luis regaló á Margarita para que no dejara de verle y contemplarle cuando él estuviera ausente; pero como la ausencia ha durado tanto tiempo, Margarita le ha vuelto del revés.

Ya veis si la niña tiene humos.

—¿Y quién tuvo la culpa?

—Lector, no has comprendido este capítulo cuando te atrevés á dirigirme esa pregunta, y sin embargo bien claro está, no cabe duda.

—Pues no entiendo.

—Lee de nuevo, y te convencerás de que no lo saben ellos tampoco: es muy fácil; dos amantes y aun dos amigos suelen reñir para siempre sin que ninguno de los dos sepan por qué.

Y es claro.

¿Acaso sabe el cielo azul y trasparente por qué viene una nube que impele el viento á empañar su limpidez? ¿Sabe por qué amanece unos días despejado y sereno y otros negro, nublado y sombrío?

¿Saben las flores por qué las deshoja el aire en medio de su frescura y lozanía?

¿Sabe el arroyo por qué se empañan sus aguas?

¿Ni el mar por qué se alborotan sus olas?

Pues entonces ¿por qué habia de saber Margarita la causa de su falta de amor?

¿Por qué la habia de saber Luis?

Una mañana se despertaron alegres como dos gilgueros, y se fueron á cantar sus amores al Retiro: volvieron juntos, y pasaron el día formando sueños de ventura y grandes planes para el porvenir; por la tarde salió Luis y trajo á Margarita un ramo de flores: Margarita le puso en agua: Luis la hizo unos versos; la niña se los aprendió de memoria y se los recitó á Luis antes de que este se acostara.

Al otro día al levantarse Margarita volvió á recitar los versos á Luis: á este le parecieron mejores que la vispera; dió muchos besos á su amada, y almorzaron juntos.

Luis salió despues. Margarita le estuvo esperando toda la noche.

Al día siguiente á las diez Margarita almorzó y lloró.

Por la tarde comió sin verter una lágrima.

A los dos días el ramo estaba seco, le sacó del agua, le puso encima de la mesa, y salió para buscar trabajo á casa de su antigua maestra. Cuando volvió halló el retrato de Luis que la miraba y se sonreía; le hizo un gesto, y le volvió del revés.

No volvió á acordarse de él, y siguió trabajando y cantando alegre como un gilguero.

—¿Y Luis?

—Mirale, lector, aquel que hace telégrafos á aquella niña, allí en el dintel del portal; ese es.

—Pobre Margarita!

—No lo creas: hoy ha recibido una carta de amor.

—¿Y qué ha contestado?

—Ha dado á su autor una cita.

—Entonces era digna del desprecio.

—No hay tal cosa: las tórtolas viven en el mismo nido, se quieren entrañablemente, y sin embargo, cuando sin saber por qué se separan, no se vuelven á ver y siguen viviendo tan felices.

—Pues yo he oído decir que en separando dos tórtolas se morían!

—Dispensad lector, yo las he tenido, las he separado, y no se han muerto.

—Será un fenómeno.

—¿Y quién te dice que Margarita y Luis no eran un fenómeno?

Noviembre 1854.

AGUSTIN BÓNAT.

FRAY LUIS DE LEON.

El siglo XVI fué todo español, merced á las vencedoras armas del primer monarca de la casa de Austria en España, á la calculadora política de su hijo, y sobre todo á la superioridad de nuestra literatura. Nuestra lengua era europea, y el gusto, las modas y costumbres de los españoles preponderaban en la literatura, en los trajes y en los teatros y salones diplomáticos de todos los países cultos: razon tenía Felipe II para llamar á la corte del vecino reino *mi bella ciudad de Paris*.

Tanta grandeza tiene su representación: si el valor de los soldados españoles les reconquista un nombre universal y pone en mano de sus reyes el cetro de un imperio en que no se oculta el sol; si la política de estos les permite disponer de los destinos del mundo; el espíritu religioso erige un monasterio, alcázar á la par de reyes, recordando un triunfo militar en el símbolo mas grande del siglo de nuestras artes; y todos los estilos, todas las formas, todos los géneros literarios tienen por intérpretes á los que aun hoy son nuestros modelos.

Personaje de este magnífico drama y colaborador en la grande obra de la reaccion católica con sus inspiraciones celestiales, fué Fray Luis de Leon, á quien consideran muchos como el creador de la oda española, y que un escritor contemporáneo (1) califica del mas correcto y menos ambicioso poeta español. Su biografía, enriquecida últimamente con la publicacion de curiosos documentos inéditos (2), nos presenta el consorcio mas íntimo de las virtudes evangélicas con las dotes literarias, y un ejemplo mas de las desgracias acaso inseparables de los grandes genios, y de lo que pueden las pasiones humanas aguijonadas por la envidia y el fanatismo.

Hijo Fray Luis de Leon del licenciado D. Lope de Leon, oidor de la chancillería de Granada, nació en 1527 en la villa de Belmonte (Cuenca) (3), donde pasó los primeros años de su vida. Como Don Lope fué tambien abogado de la corte, hubo de seguirla á Madrid y Valladolid, y Luis iba en su compañía; contaba ya catorce años de edad, cuando su padre le envió á Salamanca para que estudiase cánones; pero como desconociera las caricias maternales, como se veía quizás postergado en el cariño de su padre á sus hermanos mayores, á los pocos meses tomó el hábito de San Agustín en el monasterio de esta orden que aquí existió, profesando en 29 de enero de 1544.

Discípulo en Bellas Artes de Fray Juan de Guevara, en Teología del inmortal Cano, del célebre Soto (Fray Domingo) y del maestro Mancio, y en Biblia del Maestro Cipriano, Fray Luis de Leon se dedicaba sin descanso á estos estudios, y sobre todos al de las lenguas sábias é italiana; extraía de las *lecturas* de los sábios que entonces hacían resonar su voz en las aulas de esta universidad, y tal reputacion habia logrado, cuando apenas contaba diez y ocho años, que sus maestros no se desafiaban de sustentar con él y por escrito delicadas cuestiones, y sus condiscípulos le consultaban con respeto.

En 1560 se graduó Fray Luis de Licenciado y doctor en teología, presidiendo uno de estos actos Fray Domingo de Soto: en el siguiente año ganó por cincuenta y tres votos la cátedra de Santo Tomás en oposicion con otros siete teólogos, cuatro de ellos catedráticos, y diez años despues obtenia los mismos triunfos en oposicion á la de Durando. Una concurrencia numerosa asistía constantemente á la cátedra de Fray Luis, y sus interesantísimas *lecturas* eran buscadas con celo, no solo en España, sino en toda Europa, entonces el V. Suarez y Fray Pedro de Aragon adquirieron el gusto y saber que brillan en sus obras, y la universidad daba un justo tributo á la estension de conocimientos del agustino, encargándole con el Dr. Miguel Francés la reduccion del calendario, despues de celebrado el último concilio general (4).

(1) Cesar Cantú, *Historia universal*.

(2) Nos referimos á la preciosa *Coleccion de documentos inéditos para la historia de España*, debida á la laboriosidad é ilustrada eleccion de los eruditos académicos de la historia D. Miguel Salvá y D. Pedro Salas de Baramida. Madrid, tomos 10 y 11; al proceso contenido en estos dos tomos hemos acudido para recoger datos exactos sobre la prision y persecuciones que sufrió Fr. Luis.

(3) Así lo declaró el mismo Fr. Luis en la primera audiencia que le concedió el Señor Inquisidor Dr. Guijano de Mercado, en Valladolid, á 15 de abril de 1572; á pesar de esto le han creído natural de Granada el licenciado D. Francisco Bermudez de Pedraza, *Antigüedades y Excelencias de Granada*, 1608; el licenciado Luis Muñoz, *vida del Maestro Fr. Luis de Granada*, 1659; Fr. Tomas de Herrera, *Historia del convento de San Agustín de Salamanca*, Madrid 1652; y los Redactores del *Parnaso Español*, Madrid, 1771: siguiendo despues esta misma opinion Mr. Sismondi de Sismondi, Mr. Viardot y la mayoría de los que se han ocupado de esto; Fr. Manuel Vidal, *Agustinos de Salamanca*, Salamanca, 1781; dice que fué natural de Madrid, segun se presume... ó acaso de Belmonte.

(4) Apenas Fr. Luis se apartaba de la escuela: en 1565 fué á Valladolid con el

Antes que en la universidad Fray Luis de Leon habia explicado en su convento, y observaba hasta que rigidez las reglas de su orden, en cuanto se lo permitian sus continuas enfermedades y constante estudio: aun puede decirse que era jóven cuando en un Capitulo celebrado en Dueñas levantaba enérgicamente su voz contra el decaimiento de la disciplina, y se asociaba con los que querian inspirar en España la austeridad de los celebrados monjes de la Tebaida. Con el estudiante Rapun que tenía por criado dedicaba algun tiempo á copiar *lecturas* de los principales catedráticos de la Universidad y maestros de las órdenes, y la Inquisicion se halló entre sus manuscritos curiosas disertaciones originales sobre muchos puntos teológicos (1).

Era ya muy grande la reputacion de Fray Luis para que no escitase la envidia de los muchos á que hacia sombra: entre sus compañeros habia quien le juzgaba *desenvuelto* y *atrevido* en sus explicaciones, y se creia obligado á oírlos lo menos posible, y triste es confesarlo poco despues habrá un catedrático de esta universidad que le acuse de *ser muy afecto á cosas nuevas*; añadiendo «que esto es lo principal que se debe remediar,» y aun quien se niegue á estudiar sus doctrinas «porque no quiere saber novedades que quitan el sueño.» Pero no solo estos errores de la época (2) produjeron la persecucion de Fray Luis; fueron otras causas que hoy ya se conocen.

Las órdenes de Santo Domingo y San Gerónimo estaban en constante pugna con la de San Agustín: aparte de que las separaba su diversa solucion á algunas cuestiones teológicas, como se disputaban las cátedras de la universidad, interesando en el triunfo la gloria de todo el instituto, no podian olvidar que Fray Luis habia vencido como opositor en cuantas competencias hubiera con dominicos y gerónimos, y que como juez siempre habia salido á sostener el prestigio de los agustinos. Dominicos eran, y objeto á la par de aquellos triunfos de Fray Luis los catedráticos Leon de Castro y Bartolomé de Medina, promovedores de la persecucion que le amenazaba; dominicos y vencidos por él en ejercicios literarios fueron los que con mas acrimonia le dirigieron acusaciones. Tres son los principales acontecimientos de que tan ruines enemigos recogieron armas contra el catedrático de Durando.

Habia sustentado Fray Luis sobre la autoridad de la version Vulgata proposiciones interesantes por el claro talento é inmensa erudicion con que fueron defendidas, y escrito tambien sobre aquella: nada importaba que en un acto mayor los maestros de teología de esta universidad se hubieran visto obligados á sostener las mismas doctrinas, que consultadas con los principales españoles que asistieron al Concilio de Trento lo hubieran desaprobado, que hubiesen interesado en Roma y en Lovaina, que en Alcalá y Valladolid, en Madrid y Sevilla, en casi todos los establecimientos literarios del reino hubieran recibido general aceptacion; tanto brillo cegó á sus enemigos; obra de aquel ilustre agustino no podia ser buena, porque era amigo de los maestros Grajal y Martinez *afectos á cosas nuevas*, y sostenedores de doctrinas que entonces se calificaron de contrarias á la fé.

Por los años de 1561, á instancias de Doña Isabel Osorio, religiosa de Sancti-Spiritus de esta ciudad, hizo Fray Luis de Leon una version y breves comentarios en lengua castellana de los Cantares de Salomon, sirviéndose al efecto de la que habia hecho Benito Arias Montano y que le pidió cuando este pasaba por Salamanca (5). Pronto volvió el original á poder de Fray Luis segun convenido estaba; pero un fraile que cuidaba de su celda abrió secretamente el escritorio donde aquel se hallaba, tomó de él una copia, y cuando el autor quiso recoger las que de esta se hubieren hecho, le fué imposible: se habian extendido por las principales ciudades de España, existian ya en muchas universidades y conventos del extranjero, y habian llegado hasta

objeto de denunciar ante el Santo Oficio un libro que le parecia herético; en 1570 á Madrid para desempeñar una comision universitaria, y como de vuelta hallara que empezaba á desarrollarse el *tuberculo* en Salamanca, se ausentó como otros muchos catedráticos y marchó á su pueblo: dos años que estuvo en Soria y Alcalá los dedicó al estudio, y explicaba tambien en los conventos que su orden tuvo en estas ciudades.

(1) Entre ellas una que pronunció en la oposicion á la cátedra de Santo Tomás y las siguientes: sobre la venida del Mesías, sobre la diferencia de la gracia del Virgo y del Nuevo Testamento, sobre la satisfaccion que ha de seguir á la penitencia, sobre las promesas de la ley vieja, *de gratia et justificatione*, sobre los Cantares de Salomon, acerca de si la Virgen pecó alguna vez venia mente, probando que Nuestra Señora tenia mas gracia que todos los santos juntos, dos cuadernos sobre la Epístola á los Hebreos tomados de las explicaciones del Maestro Cipriano, catedrático de Alcalá, una cuestion de mala tomada de la lectura de Fr. Ambrosio de Salazar, un sermón pronunciado en la fiesta de la universidad á S. Agustín, una lectura de *fide*, y un tratado de *ratione, auctoritate et interpretatione Sacrae Scripturae*.

(2) Tanto era su afán por aprender, que no le permitió salir incólume de aquellos, y á la verdad solo por los errores de su época puede explicarse que Fr. Luis perdiese el tiempo en aprender *Segillos astrologicos* con un estudiante y licenciado en cánones, llamado Pozo; pero al poco tiempo de inaugurados sus trabajos, se desarrolló en Salamanca la enfermedad de *pintas*, el estudiante huyó á Avila, y su célebre discípulo quemó el libro de que se servian.

(3) Hemos adquirido datos que nos confirman en la opinion de que supieron apreciarse mutuamente estos dos genios igualmente envidiados y perseguidos: la Inquisicion halló entre los papeles de Fr. Luis la oposicion ya dicha de los cantares de Salomon, que desde su monasterio de S. Marcos de Leon le envió Montano, y cartas y versos latinos del mismo; de Arias Montano se sirvió tambien Fr. Luis para consultar con los doctores de Lovaina sus lecciones acerca de la edicion Vulgata.

las ciudades de Cuzco, Quito y de los Reyes en el nuevo mundo. Nadie había tachado la traducción; antes bien había sido justamente apreciada en España y fuera de ella: solo sus enfermedades impidieron a Fray Luis dar una edición latina que oscureciese la memoria de la versión castellana; pero era hecho consumado, y el Santo Oficio tenía prohibido que se publicaran en lengua vulgar los libros de las Sagradas Escrituras.

Por último, tratábase de imprimir la Exposición de Vatablo sobre la Biblia, y el Santo Oficio quería que la calificase antes la Universidad de Salamanca: en el Hospital de las Escuelas, en casa del Decano Maestro Francisco Sancho, en reuniones privadas y hasta casuales tuvieron acaloradas disputas los Catedráticos de Teología; viéronse frente a frente los que figuraban como innovadores y sus adversarios, y por desgracia saciaron sus enemistades personales; «voceaban y no nos entendíamos», dice el mismo Fray Luis, «y vióse en aquella ocasión á los graves teólogos de esta Universidad dirigirse repugnantes insultos (1). Con esto, y con haber contribuido el catedrático de Durando á que el Consejo prohibiese una obra del maestro Leon de Castro en cuya impresión había gastado mucho, ¿no se explica que al poco tiempo dirigieran inculpaciones mil, infundadas y hasta contradictorias, al que según confesión de Gaspar de Portonariis (impresor), había trabajado mas en la enmienda de la Biblia de Vatablo? Fray Luis de Leon había aumentado su reputación científica y literaria, y con razón decía: «porque sé que los padres sobredichos (dominicos) y otros no me quieren bien, y cuanto crece la afición pública de la escuela para conmigo, tanto debe ser mayor su mala afición.»

El maestro Fray Bartolomé de Medina había prometido vengarse: sábase efectivamente que reunió estudiantes en su celda y recogió sus juramentos y firmas contra la reputación de Fray Luis; y como el Santo Oficio era intolerante en materias teológicas, como perseguía con rigor todo lo que pudiera lastimar en lo mas mínimo al catolicismo tal como el monarca y los inquisidores de entonces lo entendían, nuestro agustino fué detenido en la posada del inquisidor que había sido enviado á esta ciudad; en 26 de marzo de 1572 se despachó contra él mandamiento de prisión con secuestro de bienes, y en el 27 estaba ya preso en las cárceles secretas de la Inquisición de Valladolid, donde hacia algunos días que habitaban otros catedráticos y amigos suyos (2).

«Es cosa ordinaria, decía Leon, que viendo á uno preso por este Santo Oficio, decir el vulgo mil cosas sin piés ni cabeza,» en las universidades y conventos, en Salamanca y Valladolid, en Toledo y Cartagena, hasta en nuestras posesiones americanas se recogen deposiciones contra el virtuoso agustino. No hay heregia de que sus enemigos no le crean prosélito, sin reparar que Fray Luis puede contestar á todo con sus escritos, ó mejor con su conducta; y es sumamente instructivo recorrer las minuciosidades á que descendían, las ridiculeces á que dan importancia, porque revelan el espíritu de la época y las ideas que dominaban en el tribunal que entonces era, si no la cabeza, el brazo derecho del monarca español (3).

Parecia que la Inquisición recordaba en el agustino de Salamanca al de Witemberg, y de seguro no olvidaba que en el siglo anterior Pedro de Osma había defendido públicamente y en las mismas aulas doctrinas protestantes. El fiscal declara que había incurrido en la pena de excomunión mayor el traductor de los *Cantares de Salomón*, y

pide que sea puesto en el tormento: hasta el 7 de diciembre de 1576 no es absuelto, á pesar de que todo arguye en su favor, y admira la multitud de escritos de su propia letra (4) que presentó para su defensa, escritos en su mayor número muy instructivos, porque contienen cuestiones teológicas ventiladas con suma erudición. Fray Luis enfermó en la prisión, y enternecen, á la par que irritan, las vivas descripciones que hace á los jueces de lo aflictivo de su posición, y las quejas que les dirige de la arbitrariedad con que procedían (2).

(Continuará.)

LA CAMA DE MATRIMONIO.

¿Adónde va el carpintero
Con tanta madera al hombro?
—Tengo que hacer un tablado
de cama de matrimonio.
—¿Quién se casa?—Florentina.
—Tú eres entonces el novio.
Mil enhorabuenas, Pedro.
—Mil gracias, amigo Alfonso.

¿Cómo te has hecho ese traje?
Madre mía, no sé cómo.
Feo salió para boda;
Para mortaja es el propio.
—Rásgale, niña, ó deshazle.
—No, madre, ya no le toco.
Mala me siento hace días:
Puede que me sirva pronto.

¿Qué trabajas, Pedro amigo,
Tan afanado y lloroso?
—Labro una cama sin piés;
La postrera que usan todos.
—¿Quién ha muerto?—Florentina.
Por ella trabajo y lloro.
En ataud se ha trocado
La cama de matrimonio.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

CUESTIONES ANAGRAMATICAS

DE GEOGRAFÍA É HISTORIA.

Hallar en:

JRZNAAEU.—Una población de España.
ENENGOCIS.—Un rey de los vándalos.
RFGXJ-OEO.—El fundador de la secta de los Goákeros.
VCIORSA.—Un monarca español.

SOLUCION DEL JEROGLÍFICO PUBLICADO EN EL NÚMERO ANTERIOR.

El genio poético no reconoce escuela.

(1) Puede recorrerse todo el proceso, y son muy pocos los escritos que se hallarán de letra de su abogado Ortiz de Funes; las fechas de estos generalmente coinciden con las enfermedades del preso.

(4) El dominico Juan Gallo amenazó á otro catedrático en una de las juntas con cortarle las uñas hasta hacerle correr sangre; y cuando Fr. Luis dijo al Maestro Leon de Castro que le había de hacer quemar el libro que imprimía, le contestó el autor que primero prendería en sus orejas y linaje; después fueron necesarios los ruegos de dos comisionados al efecto para que Fr. Luis de Leon volviese á las juntas. Esta división de ánimos databa desde el concilio provincial que se celebró en Salamanca después del Tridentino (años 1563 y 1566), cumpliendo con un decreto de este.

(2) Entre los primeros objetos que desde su prisión pidió Fr. Luis de Leon figuraban: «una imagen de nuestra Señora ó un Graciño de píncl, las quincuagenas de San Agustín, el tomo de sus obras donde están los libros de doctrina cristiana, un San Bernardo, un Fr. Luis de Granada, *De oración*, unas disciplinas etc. y suplico á sus mercedes, añade, sean servidos dar licencia para que se diga al dicho padre prior que avise á Ana de Espinosa, monja en el monasterio de Madrigal, que envíe una caja de unos polvos que ella solía hacer y enviarme para mis melancolías y pasiones de corazón, que ella sola los sabe hacer, y nunca tuve dellos mas necesidad que agora, y sobre todo que me encomiende á Dios sin cansarse.» Pidió también un cuchillo, y decía «que por la misericordia de Dios, seguramente se me pueda dar; que jamás desee la vida y las fuerzas tanto como agora, para pasar hasta el fin con esta merced que Dios me ha hecho.»

(3) De la cámara de la Inquisición de Cuenca y Sigüenza fueron remitidos á la de Valladolid muchos documentos que esta agregó al proceso, reducidos á probar que varios ascendientes de Fr. Luis fueron encausados por judíos, y contienen las pruebas mas minuciosas de que su cuartro abuelo había leído libros hebreos, gesticulaba como los judíos, comía en los sábados carne degollada y guisada por judíos en la tarde del viernes, *faciendo su adajaina* como la hacían los judíos y probando las mellas del cuchillo, no comía tocino etc.; por esto el Santo Oficio había ordenado de desenterrar sus huesos y quemarlos públicamente en Cuenca. Algunos estudiantes dijeron del catedrático de Durando que cuando explicaba alguna materia peligrosa, lo hacía aprisa, y si ellos podían para que la repitiese, contestaba que el Consejo les prohibía decir. Hubo quien declaró que siempre decía *missa de requiem* y nunca se le entendía «porque hablaba tu tu tu y acababa presto;» y algunos dijeron que estando en un convite con otros Maestros, uno de ellos pidió vino y el contestó «que sea venido forzosamente lo hemos de creer y nos compelen á ello, aunque hasta duda hay.»

(2) En una ocasión que ya le tenían muy debilitado las calenturas, dice una nota del proceso que se quejó de que «no le tuviesen en la cárcel quien le cure, sino un muchachito que está allí preso, que es simple y para habelle de despertar padece trabajo con él, que ha venido día de quedarse desmayado de hambre por no tener quien le dé comida, y suplica le den un fraile de su orden para que le sirva, sino quieren permitir que muera entre cuatro paredes solo, y siquiera para que si se muere le ayude á bien morir.» En un escrito decía el mismo preso: «porque la prisión que tantos días he padecido y padeczo, y los trabajos que he pasado en ella, por el descomodo en muchas cosas que he tenido y por mi natural flaqueza y enfermedad, ha sido un tormento tan largo, y tan duro, y tan cruel, que bastará para purgar todas las sospechas del mundo por mas fundadas que fueran; y en otro: «agora todo se me hace dudoso y así lo declaro... y yo tengo flaca memoria y después que estoy en la cárcel he perdido gran parte de ella.» Así era la verdad: con frecuencia no recuerda las fechas, y olvida hasta la de su prisión; pero no «el dñe que por razón de las dichas prisiones (aluden entre otras á la suya) ha resultado á la Universidad que es la luz de España y de la cristiandad. Dios perdone, añaden, á los que por sus particulares pasiones han hecho tan general daño y tan sin causa, porque las naciones hereges dirán que toda aquella facultad de Teología es luterana.»

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO É ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra